

—No, pero su puesto está á mi lado, y esta misma tarde lo llevo á París.

Y volviéndose á la doncella,

—Irene—la dijo,—id á preparar los efectos del niño, y hacedlos llevar á la estación.

—¿Estás decidida á ello?—preguntó Susana.

—¿Cómo que si estoy decidida?

—¡Basta!... Irene,—repuso Susana con voz firme,—cuando preparéis el equipaje del niño, venid á mi cuarto á ayudarme á arreglar el mío.

Clementina se estremeció.

—¿Cómo!... ¿Partes tú también?—dijo.

—¡Claro! ¿Qué quieres que haga aquí?

—Lo que has hecho hasta ahora.

—Sí, pero estaba con Jorge; desde el momento en que me lo quitas...

—¿Y vienes á París?

—A París ó á cualquiera otra parte, poco importa; á donde quiera que le lleves, allí iré yo: he jurado á su padre moribundo no separarme de él, y cumpliré mi juramento.

—¿Y si me fuese imposible recibirte en mi casa?

—¡En la casa de mi hermano! No me extrañaría. Pero entonces ya sé lo que tenía que hacer.

—¡Ah!... ¿qué es lo que harías?

—Ya lo verás.

Clementina tuvo un momento de horrible incertidumbre; luego repuso:

—¡Te complacerías en calumniarme, en hacerme la víctima, haciéndome pasar por una ingrata y vil criatura!... Pues no; no te daré ese gusto. Ya que quieres venir á París, ven; serás recibida en la *casa de tu hermano*, como tú dices, y la mitad de su fortuna estará á tu disposición.

—No necesito tanto—dijo Susana.

Y se retiró á su cuarto á hacer sus preparativos.

Al anochecer, las dos cuñadas y el niño se apearon de un coche en la calle de Enghien.

XVIII

Susana y su sobrino volvieron á ocupar las dos piezas que habían ocupado antes de la muerte de Maudhuy. Excepto la presencia de éste, parecía que la existencia debía ser para ellos la de otro tiempo. Susana estaba resuelta á todas las sumisiones con tal de que no se la separase de su querido Jorge; y Clementina,

por su parte, se había prometido, por orgullo, no ceder á sus arrebatos de celos; pero la presencia de Luis no tardó en echar por tierra todas sus combinaciones.

En cuanto supo la llegada de Susana, corrió á verla, á informarse con interés de todo lo que la concernía, y habló con ella largo tiempo, sonriente, feliz. ¡Qué diferencia de aquellas frías y cortas entrevistas que tenía con Clementina!... Esta, que se hallaba presente, vió aquella transformación con la muerte en el alma, y sin embargo, con la sonrisa en los labios.

Los días siguientes nuevas visitas. Luis iba á hablar de *negocios* á Clementina.

—¡Cuánto trabajo os dáis por mí!—le dijo un día.

—¡No hago más que mi deber!—respondió, sin notar la ironía de aquellas palabras.

Si estuviera sólo con Clementina, la conversación pronto habría terminado; pero en presencia de Susana se prolongaba y se hacía cada vez más íntima. Además, tenía para la joven las mayores atenciones, que Susana le agradecía.

—¡Se aman!—exclamaba Clementina rabiosa.—¡Se aman... y á mi vista!

La calma que trataba de imponerse no po-

día resistir mucho tiempo ante aquella tortura de todos los días. Entonces se desahogó en arrebatos contra su cuñada, disputas con cualquier pretexto, mortificaciones de toda especie, hasta reprocharla la hospitalidad que ella le daba.

Susana no veía en estas atroces escenas más que la consecuencia de un largo resentimiento contra Maudhuy, y el extravío de su deplorable carácter. Las aguantaba casi sin decir palabra y bajando la cabeza.

Después de todo, ¿qué le importaba si Jorge no padecía? Disipada la tormenta, se encerraba con su niño, y una caricia de éste hacía que todo lo olvidase.

Pero Clementina, irritada por aquella sangre fría, no tardó en descubrir el lado vulnerable. Un día que Susana debía salir con el niño, hizo que se lo llevaran y declaró que quería tenerlo á su lado.

Susana comprendió el alcance de aquella indiscreta ingresión; en lugar de doblegarse se rebeló.

—¿Por qué no quieres que salga el niño?—preguntó.

—Porque no quiero. ¿No soy libre para gobernarle á mi gusto? ¿No soy su madre?

Susana guardó silencio un momento.

—Escucha, Clementina—dijo al fin con una firmeza que no se esperaba en ella;—en tanto que sólo se ha tratado de mí, he sufrido pacientemente, y estoy pronta á sufrir todavía; pero, si para herirme á mí, haces padecer al niño lo más mínimo, guárdate!

Era la segunda vez que Susana amenazaba de aquel modo. Clementina aceptó el desafío. Pero la joven, interiormente asustada por las consecuencias de semejante lucha, se apresuró á añadir con acento más dulce:

—No es una amenaza, sino una súplica la que te dirijo. El niño no debe sufrir por nuestras disputas. Hasta aquí me lo has dejado; no has tenido que arrepentirte por ello; ¿por qué las cosas no han de seguir lo mismo?

Clementina, secretamente lisonjeada de aquella sumisión, no juzgó apropiado proseguir una cuestión que ella tenía facultad para renovarla siempre que quisiera.

—Está bien—dijo con aire sombrío;—llévate al niño.

Susana se apresuró á salir con Jorge.

¿Pero de dónde procedían aquella seguridad y aquella firmeza? Evidentemente de la certidumbre de que Luis la sostendría en caso de necesidad. Porque ellos no debían contentarse con aquellas entrevistas en presencia de un

tercero; debían verse en secreto, y Susana no habría dejado de contarle, exagerándolas, las dificultades con su cuñada, y él la habría prometido su apoyo y una abnegación absoluta.

No tuvo ya otro pensamiento que el de sorprenderlos en una de sus citas.

Unos quince días transcurrieron sin que pudiese descubrir nada.

Pero un día que, después de una fingida salida, entró súbitamente, supo por un criado que Luis había venido, y que, á sus instancias, Susana consintió en recibirle: ambos se hallaban en el salón.

Sin vacilar, se dirigió bruscamente hacia el salón y entró.

Esperaba triunfar, gozar con su confusión y de sus explicaciones estudiadas; pero fue apenas, pues Susana manifestó alguna sorpresa de esta repentina irrupción; en cuanto á Luis, se levantó friamente y saludó.

—¡Ah! ¿sois vos, señor Charens?—dijo con cierta ironía;—siento mucho haber salido; ¿tenéis que hablarme de *negocios*?

—¡Oh! No, señora,—respondió;—quería tan solo hablar á Susana.

—¡Ah! ¿con Susana?... Entonces, perdonadme el haberos interrumpido; os dejo, pues. Y aparentó retirarse.

—Es inútil, señora, —dijo Luis;— ya he dicho á la señorita Susana lo que tenía que decir, y estaba despidiéndome cuando habéis entrado.

De nuevo saludó; luego dirigiéndose á Susana, antes de salir:

—¡No olvidéis lo que os he dicho!—le dijo.

Clementina aparentó no comprender, y le acompañó hasta la puerta con su más amable sonrisa; pero en seguida volvió precipitadamente hacia Susana, poniéndosela enfrente con los brazos cruzados y los ojos lanzando fuego:

—¿Creéis que esto puede durar?—la dijo;— ¿qué voy á consentir en estas citas, á mi vista?

—Aquí no hay cita ninguna; Clarens ha venido y se ha empeñado en verme.

—Y tú has consentido. Has escogido el momento en que yo acabo de salir, y os encuentro aquí, solos, encerrados. ¡Muy urgente y misterioso sería lo que teníais que deciros! ¡Tendría curiosidad en saberlo! Pero, ¡respóndeme!

—Nada tengo que responder. Estás furiosa...

—¿Yo? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Al contrario! Estoy encantada de lo que pasa... Pero ya lo adivino: habéis hablado de mí: ¡tú le habrás dicho que te aborrezco, que te persigo, que eres

una pobre víctima!... Has invocado su apoyo y él te lo ha prometido. *No olvidéis lo que os he dicho...* ¡Y luego habéis hablado de vuestro amor, de vuestros esponsales!... ¡Porque sois casi esposos!... Fue un idilio en cantador... bruscamente interrumpido; ¡pero que ya es tiempo de reanudar!... ¿No es esa vuestra opinión?

—Y aun cuando lo fuese, ¿qué tienes que ver tú?

—¡Ya lo creo! ¡Sería para mí el colmo de la alegría!... Pero hablemos seriamente; supongo que no te imaginarás que voy á cederte la plaza tan fácilmente.

—¡Cómo!... ¡cederme la plaza!

—¡Sí, hazte la tonta!... ¿No comprendes lo que quiero decir?

—¡No! ¿Cómo quieres que comprenda?

—¡No ves que yo también... le amo!... Le amo, ¿lo entiendes?... ¡Y piensas disputarle... luchar contra mí!...

—¡Que le amas!—baluceó Susana, que quedó como petrificada con aquella revelación.

—¡Ah! ¡te sorprende!—continuó Clementina;— ¿no suponías que antes de enamorarse de tí, podía ya estar prometido á otra? Pues bien, eso ha sucedido... A mí también me ha jurado un amor eterno; entonces era sincero, y diga

lo que quiera me ama aún, lo conozco, estoy segura de ello; esas cosas jamás se olvidan! Solo la calumnia ha podido separarnos; desgraciadamente, cuando se disipó, yo no me pertenecía... Pero ahora ya soy libre.

Susana se levantó á estas palabras; toda la conducta de Clementina acababa de brillar á su vista con una siniestra claridad.

—¡Que eres libre!—exclamó.—Sí; ¿pero á qué precio? ¡Ah! miserable, y fue por eso!...

Y no terminó la frase, no pudiendo más que murmurar:

—¡Oh, pobre hermano mío!

—¿Qué quieres decir?—preguntó Clementina.—¿Soy una miserable, porque lleno el corazón con otro, no he podido responder al amor de mi marido? ¿Porque le he aborrecido?... ¡Sí, ne lo oculto ni lo niego!... ¿No era bastante para él haberme obtenido por un fraude indigno, sino que aún era preciso que él mismo empujase hacia tí aquel á quien yo amaba, y que se empeñase en casaros? ¿Crées que yo hubiera permitido que ese matrimonio se celebrase?

—¡Oh, no, ya lo sé... y bien que has sabido impedirlo!... ¡Desgraciado! ¡Cuando se preocupaba de mi felicidad no sabía que así adelantaba su muerte!

—Su muerte nada tiene que ver aquí.

—¿Negarás tal vez que no es obra tuya?

—¡Obra mía!

—¡Sí, tuya... envenenadora!

Clementina, de un salto, se lanzó sobre Susana, y cogiéndola por las muñecas, que sujetó en sus manos como en un torno.

—¿Qué palabra has pronunciado?—exclamó.

—He dicho que eras una envenenadora,—repitió la joven mirando cara á cara á su cuñada y sin tratar de desprenderse de la presión.

—¡Miserable!—dijo Clementina;—¡miserable!—repitió sin poder hallar otra expresión para expresar su indignación.

—¡Ah! ¡no te conmueve!—continuó Susana;—¡tú creías tu crimen sepultado para siempre!

—¡Mi crimen!... ¡un envenenamiento!... ¡yo! ¿y te atreves á sostener semejante acusación?

—Sí, me atrevo á acusarte.

—¡Vamos, estás loca!

—No; bien lo sabes tú; mírame, tengo toda mi sangre fría.

—Pues si no estás loca, eres una infame.

—Lo infame es lo que tú has hecho.

—¡Que yo he envenenado, asesinado á mi marido!... ¡Qué insensatez!... ¿A qué hubiera servido ese crimen, caso que yo lo hubiera co-

metido?... ¡No tenía más que un soplo de vida, su enfermedad lo arrastraba á la muerte!

—Pero no bastante pronto para ti, al parecer.

—¡Ah, esto es demasiado!... Preciso es que esto se aclare y que se sepa cuál de las dos es una miserable... Necesito pruebas, ¿entiendes?

—¿Pruebas? Dios mío, demasiadas hay.

—¿Tienes la prueba de que yo le he dado un veneno? Pero, ¿dónde?

—En la poción preparada por el Doctor.

—¿Y cómo hubiera podido?

—¿No te has quedado sola, un instante, al lado de mi hermano?

—¡Oh! ¡qué horrible suposición! ¿Cómo el odio puede llegar al extremo de inventar esas monstruosidades?

—¿Que yo invento?—exclamó Susana;— ¿son acaso invención mía esos dolores atroces que le han acometido en cuanto bebió?... ¡menos atroces que la certidumbre en que estaba de que la muerte se la daba una mano amiga! ¡Invento aquellas maldiciones que ha proferido contra ti y que me parece estar oyendo aún!

—¿Es decir,—repuso Clementina,— que se ha creído envenenado por mí, que te lo ha dicho, y que le has dejado expirar sin llamar, sin pedir socorro?

—He llamado, he gritado, bien lo sabes. Tu habitación no estaba tan lejana que no pudieses oírme; pero no te has atrevido á presentarte; has temido encontrarlo aún con fuerzas para denunciarte!

Clementina, á estas palabras, se turbó, se estremeció... Aquellos gritos, aquellas voces, á las que su tía Luz le había impedido acudir... aquella promesa de que sería libre *en tiempo oportuno*... todas estas circunstancias acudieron de golpe á su memoria, y se preguntó si por casualidad, sin decirla nada, Luz se había atrevido á...

—¡Oh! ¡no, no!—se dijo;— es imposible... yo hubiera visto... adivinado... se habría descubierto... ¡Mi tía una envenenadora! ¡Hasta es una infamia por mi parte pensar en ello! Asesinar á mi marido para hacerme viuda más pronto... ¡Su idolatría por mí no ha podido extravíarla hasta ese punto! Arriesgar el patíbulo para... ¡Oh! hubiera sido una demencia, y Luz goza de toda su razón... Es Susana quien ha perdido la suya... Susana, que está celosa, que me aborrece, y que ha inventado esa terrible calumnia, ese crimen infame para intimidarme, para desembarazarse de mí, para ponerme debajo de sus pies...

Mientras que ella pensaba así, la joven no la

perdía de vista. Había notado su turbación; creía haberla confundido, y queriendo aprovecharse de su victoria, se acercó á ella y la dijo:

—¡Tienes miedo, tiembblas, comprendes por fin que no tengo más que pronunciar una palabra para perderte; porque si mis palabras no bastan, las entrañas de la víctima hablarán!

Clementina había recobrado su sangre fría.

—¿Y por qué— preguntó,— si tal es tu convicción, no has hablado ya? ¿Por qué, pues, y con qué interés dejas impune á una envenenadora?

—¿Por qué? Porque él me lo ha prohibido... El castigo que mereces derramaría la deshonra sobre tu hijo, y he jurado evitarlo á toda costa, pero con la condición de que no emprenderías nada contra el niño.

—¿Cómo que no emprendiese, nada contra Jorge, contra mi hijo?

—¡Has asesinado al padre, y!...

Eran demasiados ultrajes ya. Clementina se irguió altanera, y lanzando á su cuñada una despreciativa mirada,

—¡Preciso es,— dijo,— que seas la más infame de las criaturas!... ¡Sal de aquí, desventurada, y jamás vuelvas á ponerte en mi presencia!

—Sea; saldré... Me callaré, pero con la condición de que se me entregue á Jorge.

—¡Jamás! Permanecerá á mi lado y estará más seguro... ¡Oh ignominia! suponer que una madre... ¿Es por eso por lo que afectabas esos aires sospechosos, esas vigilancias exageradas? ¿Pero quién hubiera podido adivinar?...

—¿No quieres restituirme á Jorge?

—¡No, vete!

—¡Me arrojas de esta casa! Bien; ¡ya sé lo que tengo que hacer!

Un vago terror se apoderó de Clementina. Corrió á la joven, y deteniéndola por un brazo,

—¿A dónde vas?— preguntó.

—¿Qué te importa?

—Vas á denunciarme, ¿no es cierto?

—A la Justicia, no; sería la deshonra para Jorge, y según te he dicho he jurado evitarla hasta el último extremo.

—¿Entonces, á quién?

—¿Quieres saberlo? Pues bien, voy á buscar un defensor para este niño de quien quieres separarme.

—¿Y quién es ese defensor?

—Es Luis de Charens, á quien voy á revelar tu crimen.

—¡A Charens!— balbuceó Clementina.

Y permaneció aterrada por un momento;

pero de repente, alzando la cabeza y mirando á Susana con una risa siniestra,

—Esta bien, —dijo, —vete y cuéntaselo; lo deseo.

—Sí, puesto que me obligas á ello.

—Vete, repito, —exclamó Clementina; ¿aún no te has ido?

Y empujándola hacia fuera, cerró violentamente la puerta.

Luego, no pudiendo contener por más tiempo sus sollozos, se dejó caer en el diván.

XIX

Así permaneció largo tiempo.

El sentimiento del peligro le hizo volver en sí, é inquieta por lo que iba á hacer su cuñada, corrió á la ventana, que daba á las oficinas, y esperó oculta tras las cortinas.

Pasaron diez minutos, un cuarto de hora, sin que nadie apareciese.

Entonces comprendió que Susana, tan turbada como ella por la escena que acababa de pasar, se había retirado á su cuarto y allí vacilaba, reflexionaba antes de obrar.

Aquella prueba de las incertidumbres y de la debilidad de su enemiga la reanimó.

Dispuesta á todo, llamó á su primera doncella.

—¿Dónde está Jorge?—preguntó.

—Ha salido con su niñera.

—Está bien; en cuanto vuelva, que vaya á mi cuarto. En lo sucesivo dormiré cerca de mí. Id á buscar su cama y su ropa al cuarto de la señorita Susana, y llevadlos al mío.

La doncella encontró á Susana con los ojos húmedos, y como sumida en una cruel desesperación.

Pero este abatimiento fue reemplazado por un arranque de viveza y de rebelión, cuando aquélla le dijo de lo que se trataba.

—¿Cómo! ¿quitarme á Jorge? ¡Jamás!... ¡Salid!

Sin duda Clementina preveía esta resistencia porque no pareció sorprendida cuando se lo participó la doncella.

—Está bien—dijo;—voy yo misma.

Y se dirigió al cuarto de Susana, á la que encontró temblando y hecha un mar de lágrimas; cerró la puerta, y adelantándose con aire sombrío y amenazador,

—¿Conque no soy dueña de mi casa?—dijo;—¿No tendré jamás la libre disposición de mi hijo?

Susana se puso trémula.

—Pero, ¿qué mal hay en dejármele?—contestó.—¿Por qué quitármele?

—¿Y yo? ¿No soy su madre?... ¡Ah! ¡miserable! ¿te atreves á tratarme como acabas de hacerlo, me acusas de un crimen y crees?... Dejarte á mi hijo después de lo que ha pasado entre nosotros, sería reconocer tu infame acusación... ¡No! Jorge no se separará de mí; soy su madre y no quiero que le veas ni que le hables... ¡yo también desconfío de tí.

Y se volvió para llamar á su doncella; pero Susana, reanimada de pronto, la detuvo.

—¡Cuidado, Clementina!—dijo.—¡No me precipites!

—¡Precipitarte! No deseo otra cosa. ¡Anda, corre, denúnciame!... ¿Por qué no lo has hecho ya? ¡Ah! ¿Crées hacerme temblar? ¡Tengo mi inocencia para defenderme, y desafío tus amenazas!

Pero Susana no pudo soportar esta nueva escena. Se vió acometida de un fuerte ataque de nervios y se desmayó.

Un cuarto de hora después, cuando se reanimó, bañada en un sudor frío, se vió sola, cerrada la puerta, y al echar una mirada á su alrededor, notó que había desaparecido la cama del niño y todos sus efectos.

Por la mañana, semejante descubrimiento la hubiera hecho saltar; ahora, aniquilada por tantas emociones, solo pudo lanzar un sordo gemido.

¿Qué hacer? ¿Luchar? Había gastado toda su energía y se sentía impotente... y además, ¿con qué armas? Solo había una, denunciar á Clementina; pero esto era contrariar la voluntad de Maudhuy expirante...

La pobre joven se perdía en sus reflexiones y no sabía qué partido tomar, cuando la puerta se abrió de nuevo y entró Clementina.

Susana se levantó como en presencia de una terrible aparición, y pálida, aterrada, esperaba que Clementina hablase.

Esta se adelantó con aire calmado é impasible.

—Después de lo que ha pasado entre nosotras, —dijo—debes comprender que es imposible que continuemos viviendo bajo el mismo techo; es preciso separarnos para no volvernos á ver jamás. Puedes denunciarme á la Justicia; ¡me has amenazado y te espero! Puedes, si lo prefieres, calumniarme ante Charens... He temido un instante ser desacreditada á sus ojos, pero ya no me importa: Luis sabrá descubrir la verdad... Dile las infamias que tú sola has imaginado; no solo no me opongo, sino que lo deseo; así nos

conocerá á la una y á la otra. Pero saldrás de aquí para no volver.

La pobre Susana sintió debilitarse toda su resolución ante aquella indomable energía.

—¡Dios mío!—exclamó sollozando;—¿qué es lo que he hecho para ser tratada así?

—¿Lo que has hecho? ¡Me has ultrajado, injuriado, pisoteado! No hay ya nada posible entre las dos. No puedes permanecer un solo día más en esta casa.

Susana comprendió que no podía luchar con aquella furiosa voluntad; comprendió que había llegado la hora del sacrificio, y se sometió con sublime resignación.

—¡Bien, sea así!—dijo;—me alejaré y no volverás á verme. Pero, ¿qué quieres que haga yo sola? ¡Me privarás de ese consuelo, del cariño de Jorge!

Sus sollozos la interrumpieron; pero consiguió serenarse y añadió:

—¡Jorge me ama, ya lo sabes; me seguirá con placer... Vendrás á verle cuando quieras... ¡Dios mío! ¿Es esto ser demasiado exigente? ¿No puedes concederme esto?

Clementina guardó silencio. Parecía reflexionar profundamente. En fin, se volvió á Susana y con toda calma le dijo:

—Conque deseas tener á Jorge á tu lado?

Aunque mucho me cuesta separarme de él, te le dejaré por algún tiempo; iréis á vivir á Ronchès, allí podrás dedicarte á su cuidado y educación.

Pero, ¿qué pensarán de esa partida? ¿Cómo será interpretada por el señor de Charens? Deseo, ante todo, conservar su estima. Has tenido el pudor de no manchar su espíritu con tus indignas sospechas, y casi te agradezco esa reserva; pero no quiero que tu partida y la de Jorge sean para él ocasión de suposiciones injuriosas, es necesario que vuestra ausencia le sea explicada y por tí...

Clementina no se contentaba con alejar á su rival; quería, con una diestra maniobra, hacerse de ella una auxiliar con aquel á quien amaba.

En consecuencia le dictó sus condiciones: Susana volvería á ver á Luis una vez, le expondría su firme resolución de confinarse en un retiro ignorado, sola con Jorge; al mismo tiempo le rogaría no pensase más en ella y no intentase volverla á ver.

Susana tuvo un instante de punzante vacilación; pero recordó á su hermano moribundo y el juramento prestado; bajó la cabeza y consintió en todo.

XX

La entrevista entre Luis y Susana debía tener lugar al día siguiente.

No es posible pintar las angustias de la joven cuando se halló en presencia de aquel á quien amaba y cuyo amor se veía obligada á rechazar. Se preguntaba ansiosamente si tendría fuerza para sostenerse en su papel, y si su emoción y sus lágrimas no la venderían.

Luis, por su parte, estaba resuelto á obtener de ella que confirmase sus compromisos y que le prometiese su próxima realización.

Desde las primeras palabras que él dijo respecto á este punto, Susana no dejó de objetar la muerte aún reciente de su hermano. Sin embargo, habían transcurrido dos meses, y Luis no dejó de hacerlo notar.

—¿Qué importa?— respondió Susana.—Me parece siempre que ha sido ayer... ¡Me es imposible olvidarlo!

—Tampoco lo olvido yo. ¡Ya sabéis cuánto nos queríamos!... Mi dolor no es menos vivo que el vuestro: pero, ¿no deben amortiguarse nuestras penas con el tiempo?... ¿Seremos cul-

pables, á su memoria, porque hayamos reanimado un amor que aprobaba y alentaba?... ¡Ah! Si hubiera podido prever tal sacrificio, habría sido el primero en condenarle.

—¿En condenarle?... ¿Estáis seguro?—preguntó Susana.

—¿Cómo! ¿No ha sido él quien nos ha desposado?... ¿El, que en la víspera misma de su muerte, en medio de sus sufrimientos, no se preocupaba más que de apresurar nuestro matrimonio?

—Sí; pero ¿no veis que la situación ha cambiado, que esta muerte nos impone nuevos deberes... al menos á mí?

—¿A vos?... Y, ¿qué deberes?

—El de educar y amar á ese pobre niño, que adoraba y que ha dejado sin apoyo.

—¿Jorge?... ¿Pues no tiene á su madre?...

—¡Ah!... sin duda; pero... ¡necesita mis cuidados y todo mi cariño... ¡No, no lo abandonaré jamás... así se lo he jurado á su moribundo padre!

—No digo que lo abandonéis. Yo también amo á ese pobre niño por su gentileza y por el recuerdo de su padre, á quien tanto debo; no le perderemos de vista, y podréis continuar amándole, cuidando de su educación, sirviéndole de madre.

—¡Oh! No será lo mismo... ¡Puede darle á Clementina la fantasía de llevarle lejos de nosotros... ¡y estará en su derecho!

Y se atrincheró tan firmemente en esta objeción, que Luis, no comprendiendo la urgencia de una abnegación tan estricta y tan absoluta, no vió en ello más que un pretexto de que ella se servía para rechazar su amor.

Se había levantado y la escuchaba silenciosamente, paseándose por el salón, con la cabeza inclinada, agitado, sombrío.

Cuando ella terminó de hablar, se detuvo, y con acento dulce y triste, que la conmovió hasta el fondo del alma:

—Veamos, Susana,—dijo,—sed franca; lo que decís no puede ser cosa seria.

—¿Cómo que no?... No os comprendo.

—Que améis á ese niño y que estéis pronta á todo por él, lo admito perfectamente; pero, ¿sería esto bastante para romper nuestros proyectos de porvenir, haciéndoos desechar mi amor, si vuestro corazón no hubiese cambiado, si me amáseis como en otra época? Os lo ruego, dejad todas esas evasivas; habládme francamente, decidme la verdad; por dura que sea, me armaré de valor y trataré de soportarla.

Susana reflexionó un instante, preguntándose si no debía dejarle en aquella triste con-

vicción; pero tuvo miedo de causarle un gran daño, y cuando él interpretaba ya desfavorablemente su silencio, le contestó:

—¡Oh! no; no me juzguéis así. Mis sentimientos por vos no han variado, os lo afirmo: quisiera de todo corazón poder cumplir las promesas que os tengo hechas, pero es imposible; hay otros deberes más imperiosos á los que es preciso me someta y sacrifique.

Y luego volvió á su tema favorito, al juramento que había hecho á su hermano.

—¡Ojalá Dios,—exclamó con exaltación,— pudiera cumplirle en todos sus extremos, y que nadie me distrajese de su cumplimento! Quisiera estar sola, vivir sola en algún rincón ignorado, con ese querido niño, que he jurado amar y proteger!

Luis la escuchaba, sorprendido de la sinceridad de su acento, de la tranquilidad de su semblante.

—¿Y es ese el porvenir que soñáis?—exclamó.

—¡No hay otro para mí!—contestó la joven con resignación.

—¿A los veinte años, os desterráis para siempre, sola con ese niño, lejos del mundo, lejos de los vuestros, lejos de mí, á quien decís que amáis?

—¡Oh! ¡conservaré eternamente vuestro recuerdo!

—¡Después de haber rechazado mi amor!... ¡Pues bien, no!... todo esto es incomprendible.... Hay en todo esto un misterio que yo descubriré.

—¡Qué misterio!

—¿Qué se yo? ¡A vuestra edad no se tienen esas ideas de retiro y soledad sin tristes motivos, sin profundas penas!... ¡Susana, sufrís, sois desgraciada!

—¿Yo,—dijo estremeciéndose;—¿qué os lo hace suponer?

—No lo ocultéis, os lo suplico... ¡Oh! ¡temo adivinarlo! Es vuestra cuñada, no lo neguéis, que os aborrece... que os persigue...

—¡Oh! no, no; no tengo de qué quejarme, os lo afirmo...

—¡Sí tal! El otro día me habéis dado á entender que no era para vos lo que debía ser... ¡Oh!—añadió con aire irritado,—si estuviese seguro de que es ella la que...

Susana se apresuró á protestar que sus relaciones con su hermana política no tenían nada de acrimonia; que sus disputas y cuestiones eran insignificantes y sin consecuencia alguna.

—¿Entonces, ¿qué queréis que yo suponga?

¿Es, pues, de mí de quien queréis huir? ¿Qué tenéis que reprocharme, Susana?

—¡Oh, nada!—respondió conmovida por su acento suplicante;—me amáis, lo sé...

—¡Y sin embargo, me rechazáis! ¿Qué ha pasado después del día en que habéis acogido y alentado mi amor? ¿En qué he desmerecido á vuestros ojos? ¿No estoy pronto á todo sacrificio por vos?... ¡Os calláis!... ¡Volvéis la cabeza!... ¡Ah, mi desgracia es cierta!... Desecháis ahora esa existencia en que debían confundirse nuestros destinos, y que antes aceptábais con alegría!... ¡Por piedad, en memoria de vuestro hermano, Susana, no me reduzáis á la desesperación!... ¡Dejadme creer que aún no lo he perdido todo!... ¡Pero estáis conmovida, lloráis!...

Susana, en efecto, estaba al cabo de sus fuerzas, y lágrimas abrasadoras brotaban de sus ojos.

Luis se arrojó á sus pies, la cogió las manos y continuaba sus ardientes súplicas, cuando se dejó oír la voz de un niño.

—¡Jorge!—exclamó Susana, recobrando toda su fuerza de voluntad.

Se levantó y corrió á la puerta del salón, que el niño acababa de abrir. Lo cogió en sus brazos y le cubrió de besos con sus lágrimas.

—¿Por qué lloras, tía Susana?—preguntó casi asustado de aquel arranque de cariño.

—Es de alegría, ángel mío, es porque te quiero mucho... Me pedíais razones, —añadió volviéndose á Luis; —¿necesito más que esta?

Charens no respondió más que por una vaga y triste sonrisa.

Clementina, que acababa de entrar de la calle con su hijo, no tardó en presentarse en el salón. Con una mirada abrazó toda la escena, y comprendió, en la actitud de Luis, que Susana había cumplido su palabra.

Esta, por otra parte, tuvo buen cuidado de recordárselo diez minutos después, cuando se hallaron solos.

—Debes estar satisfecha, —le dijo. —¿Puedo partir y llevarme á Jorge?

—Sí, —contestó Clementina.

Al día siguiente, al amanecer, Susana salía casi furtivamente de la casa con Jorge, y se hacía conducir á la estación del ferrocarril de Lyon.

XXI

Clementina, al ver alejarse el carruaje, tuvo un estremecimiento de alegría y de triunfo.

Había logrado desembarazarse de su rival, y

separarla de allí para siempre. Y ahora se quedaba sola con Luis, libre como antes de su matrimonio, en todo el esplendor de su belleza.

Llena de confianza se puso á observarle y esperó.

Toda la mañana pasó sin que Luis pareciese sospechar la partida de Susana; pero por la tarde lo supo, sin duda, porque ella le vió atravesar el patio con aire sombrío y agitado. Un instante después solicitaba hablarla.

Clementina presentía una escena de recriminaciones y se disponía á sostenerla resueltamente.

—¿Es verdad lo que acaban de decirme?—preguntó en cuanto entró. —¿Susana se ha marchado esta mañana con Jorge?

—Sí, es verdad; me véis aún bastante afligida...

—¡Afligida!... ¡ya!

—¡Tened la bondad, señor de Charens, de creer que no he visto sin pena que mi hijo se separaba de mí!

—Me parece, sin embargo, que teníais derecho para impedir que se fuese.

—En efecto; pero Susana le quiere con extremo. Quiso absolutamente llevarlo con ella, tenerlo á su lado, y me he visto obligada á consentir en ello.